

EL COSTARICENSE.

EPOCA III--TRIM. 6°

Periódico Semanal.

Nº 69.

Se uniten gratis los comunicados de concurrencia pública; se insertan avisos por un precio equitativo.

SAN JOSÉ, AGOSTO 21 DE 1877.

Se publicará semanalmente. El número suelto vale diez centavos. La suscripción por trimestre un peso adelantado.

EL COSTARICENSE.

Objeto de crítica y de censura un tanto fuerte ha sido el artículo de fondo de la Gaceta Oficial correspondiente al 4 de este mes.

Nosotros hemos tomado nota de los diferentes juicios que hemos oído formar y, sin constituirnos defensores de dicho artículo, vamos á permitirnos expresar también nuestra humilde opinión.

Sin negar al escritor oficial la verdad que le sirve de fundamento, se le censura por la ruda franqueza con que exhibe al país dominado por el indiferentismo y al Gobierno desnudo de prestigio entre los ciudadanos que mas empeñados debieran estar en apoyarlo en esas ocasiones en que el orden público parece amenazado.

A nuestro entender el artículo, aunque escrito ocasionalmente, no se refiere á una época dada, ni á una determinada administración. El autor, impresionado, acaso, por algun suceso reciente pero sin fijarse en él exclusivamente, ha abarcado con su mirada un largo lapso de tiempo y con la historia en la mano no solo de Costa-Rica sino también de otros pueblos en igual estado de formación que el nuestro, y guiado por la inflexible lógica, ha querido señalar un peligro en el orden social que, á su modo de ver haciendo comparaciones, puede llegar á ser inminente entre nosotros.

Ese artículo en cuanto diseña uno de los caracteres del país pudo ser escrito un año, cinco, diez y aun veinte atrás, puesto que el indiferentismo no marca el estado actual, sino el modo de ser del país, sin referencias á tiempos y tan es así, que el escritor oficial conviene en que esa cualidad ó defecto que él mismo se abstiene de calificar, ha sido útil en otras épocas puesto que nos ha preservado de la anarquía y de la guerra civil, cuyas tristes huellas se ven en otras partes en donde el espíritu público ha sido mas impresionable y en que cada individuo se ha creído en

el deber de abrazar un partido político ostentando, á la luz del medio día, la enseña de sus opiniones y de sus principios, en vez de esa reserva prudente, si quiere llamársele así, que obliga á cada uno á hablar distinto idioma, segun la calidad de las demas personas presentes, precisamente para no comprometerse y que no se le marque ni como amigo del Gobierno, ni como alistado en la oposicion.

No proviene eso precisamente de que aquí no se tengan sentimientos, porque eso sería suponer que no se piensa, sino de que, sobre todos los sentimientos, domina el de la propia conservacion.

Habría podido el escritor oficial haber citado casos de Gobiernos, indisputablemente prestigiados, que se han visto solos en la hora suprema, debido á ese sentimiento talvez exagerado de la propia conservacion individual; pero, seguramente no ha entrado en su mente, el herir ninguna susceptibilidad tratándose de historia contemporánea. Por consiguiente no debemos ver en aquel artículo ni un lamento nacido de la actualidad, ni un reproche á persona, ni partido alguno determinado. Ese artículo, segun nuestro modo de ver, es una imagen fotografiada á la luz de la historia y por medio de los agentes que suministra la lógica. Si la imagen ha salido defectuosa, no es culpa del artista que ha representado al país fielmente, segun convienen todos, bajo uno de sus caracteres, sin otra intencion revelada que señalar un peligro para el porvenir, en lo cual puede haberse equivocado porque ya esa es una deducción en la cual, talvez, haya obrado un sentimiento exagerado de temor; pero si la crítica debió recaer, hubo de ser, seguramente, sobre esa deducción y no sobre el fondo verídico del cuadro.

Decimos esto porque realmente pudiera suceder que no se deba admitir una esacta comparacion entre Costa-Rica y otros pueblos, en razon de que allá los partidos nacen de ver-

daderas cuestiones políticas y de principios, mientras que aquí, con una que otra excepcion, apenas hemos visto personalidades representadas en cada uno de los partidos que nos han dividido. Pero es, precisamente, sobre esta consideracion que se ha fijado el articulista oficial y lo que obliga, por mas que la verdad amargue, á concederle la razon.

El dice: "hasta aquí las personas que se han sucedido en el Poder, han prestado garantías á la sociedad ¿quién puede asegurar que, en uno de esos, por desgracia tan frecuentes cambios, no llegue el Poder á manos que no den iguales garantías?"

Para evitar esa eventualidad y en atencion al giro que toman los acontecimientos es que el escritor oficial aconseja á los grandes propietarios y á los ricos comerciantes prestar á la autoridad un apoyo mas decidido, no solo con una obediencia pasiva como hasta aquí, sino demostrando de una manera mas explícita el interes que debe animarlos por la conservacion del orden.

En cuanto al pueblo, esto es, á la gran masa de los ciudadanos ni el articulista oficial se refirió á él, ni nadie que lo conozca podría dudar de su obediencia y del apoyo que con ella presta á la autoridad, ahora lo mismo que en todo tiempo.—Consagrado al trabajo y amante de la paz de donde deriva su bienestar, las sugerencias revolucionarias no encuentran eco en él, como lo demuestra la experiencia. Un solo caso puede presentar nuestra historia de una revolucion verdaderamente popular; pero eso fué en circunstancias tan especiales que, es de esperar, no se volverán á repetir.

Asi es como vemos nosotros el sentido del artículo en cuestion y, francamente, no creemos que mirado con ojos imparciales, se preste á otra interpretacion ménos favorable á su autor.

CRONICA.

HERRMANN,

el célebre prestidigitador, á quien se ha dado el epíteto de *grande*, y á quien agregamos el de *simpatético*, ha exhibido su habilidad en varias funciones, en el Teatro Municipal, y en una provada á que, con exquisita amabilidad, se prestó en el Palacio en que reside el Presidente de la República haciéndonos ver que es justa y merecida la nombradía de que goza.

Las localidades del Teatro han estado ocupadas en todas las funciones, lo que nos hace pensar que hay en el público mucha afición á aquello que le entretiene, aun cuando no lo entienda.

Creemos que el público, como nosotros, con alguna sola excepcion que no es preciso explicar, no cree en el orden sobrenatural.—Jamás ha pasado por nuestras mientes la idea de que Herrmann pudiera tener una varita verdaderamente mágica, mediante cuya virtud le fuese dado practicar cosas imposibles.

Pero lo cierto es que Herrmann sorprende á los espectadores: que es un artista superior á todos los que en su género hemos visto trabajar en varios teatros de Europa, y que nos ha hecho recordar el título que dió á una de sus composiciones un poeta Centro-americano: *las falsas apariencias*.

Hacer que las cosas desaparezcan, como si se dispusiera de un poder tan invisible como incontrastable, ó que aparezcan donde ménos se espera, es lo que Herrmann hace con gran facilidad y lo que, en el teatro social, no es dado hacer á aquellos que á todo trance quisieran imitar al célebre prestidigitador.

La multiplicacion de un objeto, de una banderola, por ejemplo, y la cosecha de monedas que hace Herrmann, ora cojiéndolas con dos dedos en el aire, ora extrayendo de quien él quiere un óbolo pecuniario mas ó ménos cuantioso, son operaciones que causarian envidia al gran tacaño de... Quevedo, y á los *idem* que en ninguna parte escasean; y todo eso Herrmann lo verifica con la misma facilidad que ejecuta la difícil fusion de dos conejos en uno solo, resultando despues el cuadrúpedo suprimido en el bolsillo de alguno de los espectadores, quien, de seguro, está lejos de sospechar que lleva esa carga.

Comparamos á nuestros lectores si hubiésemos de hablar de las *cartas voladoras*; de las que escogidas entre todas las de un naípe, y depositadas en lugar seguro, después de una evocación y por obra de encantamiento, salen obedientes del perfumado seno de un ramillete de flores; de la botella mágica que encierra licores y bebidas de diferentes clases, siendo tanta la variedad del contenido como incuestionable la unidad del continente; y de tantas otras habilidades del gran prestidigitador.

Hagamos una mención de la Señorita Addie, en su reducido gabinete colocado en el centro del escenario. Dos fuertes esposas, bien adheridas á un poste, comprimian las muñecas de la Señorita Addie; y sobre las esposas había tantos sellos como los que se ponen en un pacto internacional. Corridas las cortinillas verdes del gabinete, en breves instantes, la Señorita Addie recobraba la libertad de acción, á pesar de las esposas y de los sellos: ora aparecían sus lindas manos, ora se ponía la levita agena, & & y siempre al descorrer las cortinas la Señorita Addie aparecía sujeta á las esposas y lo que es más, los sellos intactos.

Antes de concluir este nuevo aplauso que tributamos al mérito de los artistas que actualmente dan funciones en el Teatro Municipal, hablemos de una tórtola, que nos interesó mucho. En unión de dos compañeras, salió de una copa de metal, y las tres, en un listón colocado al cuello, llevaban uno de los anillos que se hallaban en lejano depósito. La tórtola á que aludimos, después de cumplir su primera misión, se colocó sobre el cañón de una pistola: Herrmann hizo fuego, dos ó tres veces, con solo el fulminante, y la tórtola entró en agonía, se aflojó su cuello, estiró las patitas, y ya enteramente inanimada, Herrmann la puso sobre una mesa: después la envolvió en un pañuelo, en seguida lo desenvolvió, y la tórtola muerta había desaparecido. ¡Feliz tórtola! Está visto, cada día avanzamos un paso más, en el grave y trascendental asunto, de fijar bien la extensión de la inteligencia de los animales. Ayer lo del *chancho* sabio, hoy la tórtola, que se finje muerta, mañana, no sabemos que vendrá....

Por último, sabemos que Herrmann, el martes próximo, da una función, cuyo producto, deducida la mitad para gastos, es á beneficio de la obra de la Catedral. Doble motivo tenemos para desear el mejor éxito, á tan distinguido artista.

DEL CADALSO A SAN LUCAS.

El cabo Francisco Rojas, que en la madrugada del 29 de Julio último abrió traidoramente la puerta del Cuartel Principal á los que intentaron apoderarse de él, fué condenado á muerte y estaba ya en capilla para ser ajusticiado.

A pesar de la gravedad del delito del cabo Rojas, que en todos los países se castiga con el último

suplicio, la sociedad se conmovió ante la perspectiva de la próxima ejecución del reo, pena desconocida en Costa-Rica desde la gloriosa revolución del 27 de Abril de 1870. Muchas Señoras se congregaron para pedir la conmutación de la pena impuesta á aquel desgraciado, y otro tanto hicieron el Ilustrísimo Señor Obispo de Abidos y el Cuerpo Consular.

El Excmo. Señor Presidente oyó todas esas instancias, sin acceder ni negarse á ellas, como correspondía hacerlo al Supremo Magistrado de la Nación, cuyo alto puesto le impone el deber de hacer á un lado los sentimientos de su corazón para consultar únicamente la ley y el bien público ofreciendo solamente tratar el asunto con la debida madurez con las personas de su Consejo, aunque ofreció que á la vista de tan conmovedora escena su corazón acogería con gusto el voto de la indulgencia.

En efecto, convocado en la tarde de ese mismo día en el Palacio Presidencial el Consejo de Estado al cual concurrió como miembro nato el Benemérito General en Jefe actual Secretario de Estado Don Tomas Guardia quien desarrolló sus filantrópicas ideas respecto al principio de la inviolabilidad de la vida humana sostenido durante su Administración y secundado por el actual Jefe de la Nación como su Secretario de Justicia, en distintos actos y con el voto de la mayoría, S. E. el Presidente, con marcada satisfacción, tuvo á bien conmutar la pena que iba á sufrir el cabo Rojas, en la inmediata, es decir, en diez años de presidio en la Isla de San Lucas.

Todo lo que ha pasado acerca del enjuiciamiento del cabo Rojas, se explica fácilmente. Desde que se inauguró la Administración que presidia el Señor General Guardia, no se ha erigido un solo cadalso en Costa-Rica, consagrándose siempre con hechos innegables el hermoso principio de la inviolabilidad de la vida humana; y hoy la sociedad no podía ser insensible al anuncio de una escena patibularia.

Cuando el Señor General en Jefe, acompañado de su Estado Mayor se presentó en la plaza, donde estaba ya formado el cuadro, en cuyo centro se hallaba el reo, conforme á las prescripciones de la ordenanza; el noble y digno General Guardia anunció la conmutación de la pena del cabo Rojas y pronunció un discurso que revela, en fácil y natural elocuencia, el temple varonil de una alma levantada y las inequívocas manifestaciones de un buen corazón. Ese discurso suscitó vivas aclamaciones.

GRADO UNIVERSITARIO.

Don Francisco Picado, previo el correspondiente examen, en el cual fué aprobado unánimemente, ha obtenido el título de Licenciado Geómetra. Damos la enhorabuena á ese apreciable profesor.

BIENVENIDO.

Ha llegado á esta Capital el Señor Doctor Venero, distinguido escritor á quien sabemos va á encargarse la Dirección de la Imprenta Nacional.

REMITIDO.

Por noticias recibidas por el último vapor hemos sabido, con bastante pena, un robo verificado en París, á las muy apreciables Señoras de nuestros amigos el General Guardia y Don Saturnino Lizano.

De una carta de nuestro amigo Don Ezequiel Gutierrez, con fecha 16 de Julio anterior, tomamos el siguiente párrafo.

"Don Saturnino Lizano vino el 13 á esta Ciudad, con intención de pasar aquí cuatro ó cinco días; pero anoche tuvo que regresar precipitadamente á París, por haber sabido que á la niña Emilia y á Angélica les habían robado la noche anterior unas joyas y un poco de dinero, por valor, según parece, de unos cuatro ó cinco mil pesos.—Los ladrones que son la cocinera de la casa y su marido el cochero, serán pronto aprehendidos con su botín, no solo por ser muy estúpidos, sino porque la excelente Policía de París les anda pisando los talones desde ayer por la mañana. No es extraño que á estas horas estén ya en manos de la Autoridad."

Cartas de Francia.

Aun siendo tan rica en incidentes parlamentarios la historia de este país no cuenta semana de más animados, elocuentes y conmovedores debates que la que acaba de transcurrir. Cuando sobrevino el acto del 16 de Mayo las Cámaras fueron condenadas al silencio; durante el mes que ha transcurrido, cientos de decretos cambiando el personal; numerosas circulares de los ministros; actos y bandos de los gobernadores; persecuciones contra los periódicos; medidas contra reuniones, vendedores de impresos, establecimientos públicos, etc., etc, habrán excitado los ánimos y producido alarma inmensa en la opinión como paralización en los negocios; los ministros caídos habían sido calumniados y el partido á que pertenecían vilipendiado: todo esto había hecho amontonar pasiones, rencores, cargos y recriminaciones y se concebía fácilmente que á la reapertura de las Cámaras convocadas para el 16 del corriente habían de descargar recias tempestades.

Llegó el 16 y la expectativa pública no fué engañada: á las nubes amontonadas se agregó algo más: el ministerio leyó un mensaje presidencial pidiendo al senado la disolución del Congreso y la tempestad fué terrible. La sesión del Congreso francés de aquel día pasará á la historia. Cuanto el corazón humano sabe llevar á los labios, el rostro y los remos del hombre para expresar sus pasiones fué visto y oído aquel día en la Cámara popular francesa: diatribas, apóstrofes, desearos, insultos, desmentir, arrogancias, astucias; no hubo mo-

vimiento ni arranque olvidado, porque se mostraron los puños se abalanzaron los diputados unos contra otros sin darse cuenta de ello y hubieran llegado á las manos á no impedirlo un resto último de razón en aquellos momentos de locura. Los republicanos tenían anunciada una interpelación al gobierno sobre la crisis y la desarrollaron: al primer orador que la inició ya le interrumpieron cien veces los impenalistas y legitimistas incurriendo uno de los primeros en la censura de la Cámara. El ministro del Interior que le contestó exitó no menos cóleras en los republicanos que se contuvieron mal por que sus enemigos acompañaban cada frase del ministro de un apóstrofe ó un insulto al partido republicano y á sus miembros. Cuando habló Gambeta el Congreso estaba convertido en una verdadera sesión de las que las novelas pintan en las cuevas de aventureros de la Edad Media: el frenesí de los imperialistas llegó al delirio: sus interrupciones, sus frases, provocaciones ó insultos eran tales que no bastando la censura de la Cámara, que se les aplicó 2ª vez, Cassaguac su caudillo fué sometido al juicio del país. Durante dos horas Gambeta habló debatiéndose como un jabalí acosado de enañada jauría: á veces, rodeaban la tribuna 30 ó 40 diputados mostrándole los puños, injuriándole, queriendo ahogar su voz, y el jefe de la democracia francesa á todos respondía, para todos tenía una frase, una réplica enérgica y contundente. A no ser por lo que el espectáculo indignaba en aquel sitio: ¡que grande ejemplo de fortaleza humana! Gambeta salió triunfante pero como los gladiadores de Roma cayó rendido, exanime y tardó buen rato en recuperar sus fuerzas en brazos de sus amigos.

El país, al leer al día siguiente, la sesión aquella, admiró no tanto al orador como al hombre de la réplica, de la rapidez de palabra, de energía del pensamiento, de ánimo y valor suficiente para triunfar de dos horas de semejante lucha. Los adversarios habían querido que el país no conociera las protestas del partido republicano y creándolas las rodearon de un esplendor que las señaló á toda Europa. El lunes y martes fueron continuados los discursos de interpelación: Ferry de carácter templado estuvo más enérgico y duro de lo que lo hubiera sido Naguet, el jefe de la intransigencia. Proust, también del centro, combatió al ministro de Estado que había dado segundidades de calma en Alemania ó Italia que todos los periódicos de estos países desmienten en lo que concierne á sus miras sobre el actual gabinete francés. París, ministro de Trabajos públicos, defendió débilmente al gobierno con una oratoria apagada, frase sin vigor y pensamientos pobres. Blanc y Renan lit con elocuencias bien diferentes, de grandes ideas el primero como que representa en la Cámara el ideal, de grande experiencia y práctica como que procedía del campo monárquico el segundo, revolucionario y avanzado aquel, práctico y conservador este, extremos ámbos de la esfera en que se mueve el partido republicano condenaron á nublado de opuestas políticas pero iguales aspiraciones el acto del 16 de Mayo cerrando los debates de la interpelación en el congreso. 363 diputados contra 158 aprobaron un enérgico y durísimo voto de censura contra el gabinete.

Los debates del Senado no menos solemnes fueron abiertos contra la disolución por el poeta eminente Victor Hugo con un discurso leído que condensaba en su especial y enérgico lenguaje la angustia de Francia, la intranquilidad de Europa, lo desatentado del gobierno que, comprometía paz, trabajo,

porvenir y riqueza de la patria por servir las ambiciones e intrigas del Vaticano; la existencia futura del Senado, la vida de la constitución y el prestigio mismo del parlamentarismo. Siguió luego Julio Simon historiando su ministerio para desmentir línea por línea los asertos contra él lanzados por el Presidente de la República en sus mensajes y advertía al país de los peligros á que se lo arrastraba. Broglie contestó reasumiendo todo cuanto en documentos, discursos y alocuciones tiene dicho y escrito su gobierno en defensa propia y pesado, repetido, vulgar, con una palabra poco simpática, apenas si ganó los aplausos de sus mas íntimos por la indecisión de que dió muestras y que ya le reprochan, por sus afectos hacia el parlamentarismo que habia atropellado, por sus protestas de constitucionalismo que todos sabían en el irrealizables. Berenger del grupo conservador republicano ayudó con su elocuencia de hombre moderado la palanca opositora y hizo levantar algun tanto la mole de la mayoría senatorial pero volvió á caer por su propio peso.

Bertauld, presidente del centro izquierdo, advirtió como jurisconsulto las perturbaciones del derecho, los estragos que en el porvenir se causaban, preguntó al gobierno las garantías, medidas, conducta y condiciones para la lucha electoral y Brunet ministro de Instrucción pública solo contestó con una serie de impertinencias que le valieron dos amonestaciones del presidente de la Asamblea y continuas interrupciones de las izquierdas que indignó repetidamente. Laboulaye, por último, el estudioso profesor de derecho que tanto ha profundizado las Constituciones de todos los países denunció lo inusitado de los procedimientos del Gobierno, los riesgos á que arrastraba á todos los poderes, el cataclismo que quizá llamaba sobre Francia y señaló los verdaderos senderos que deben recorrer los pueblos que como Francia se educan en la libertad. Vano empeño puesto que no es la libertad lo que la mayoría senatorial desea implantar en su patria sino la ausencia de ella dado que por arrojarla del suelo francés se produjo el acto del 16 de Mayo y se pedía la disolución en la esperanza de reunir Cámaras monárquicas en vez de republicanas. La disolución fué votada por 149 votos contra 139.

El gobierno nombrado por el presidente del poder ejecutivo fué derrotado en el Congreso por 205 votos de mayoría: ha triunfado en el Senado por 19 votos siendo estos del sufragio de segundo grado y privilegiado y aquellos del directo y universal. El gobierno no obstante, grita victoria y dueño del campo es el que provoca á la mayoría indestructible del congreso á acudir al país en consulta. Ya está abierta ésta; la disolución es un hecho aunque el decreto sea retardado horas. Los partidos se aprestan á influir todos en los 10 millones de sufragios franceses y prometen inclinar la cabeza ante los fallos del país. Tras de luchas tan gigantes tanta elocuencia empuñada, tantos esfuerzos de un lado para matar la república, de otro para salvarla, al cabo de las pasiones, cóleras y ataques de los unos y de la paciencia, mansedumbre y sufrimientos de los contrarios, Francia en medio de todo se abre bellísimos días de esperanza porque todos partidos, poderes, hombres de libertad y de reacción, los de la tribuna y los de los estrados, acuden ante el sufragio universal que es el instrumento de grandeza política de los pueblos. Francia podía verse mas ó menos destrozada por sus luchas intestinas, por los rencores y excesos de sus bandos pero al fin tiene un lábaro santo á donde acogerse en los grandes días, el su-

fragio universal del cual saldrá siempre grande, unida, fuerte, entusiasta y vigorosa cual sucede en los Estados Unidos al día siguiente de cada una de sus grandes y terribles agitaciones.

P.

Paris, 21 de Junio de 1877.

SECCION LITERARIA.

TUMBAS.

Para los muertos hay tumbas,
y las hay para los vivos:
una tumba de su alma
cada sér lleva en sí mismo.

Las que guardan la materia,
paz y reposo nos brindan;
las que el espíritu guardan,
desencantos y desdichas.

Cuando la pesada losa
sobre una tumba ha caído,
cesa de sufrir una alma
los rigores del destino;

Y cuando la dura suerte
abre una tumba en el pecho,
empieza á vivir un alma
la vida del sufrimiento.

Para los muertos hay tumbas,
y las hay para los vivos:
una tumba de su alma
cada sér lleva en sí mismo.

JUAN B. TORO.

LUNA DE ENERO.

Es noche y sale la luna:
vén á llorar, alma mía,
á beber melancolía
y á buscar una ilusión.
Vén: que la luna consuela
á los que pierden la calma,
y tú tienes triste el alma
y yo enfermo el corazón.

Melancólica adormece
placeres que el mundo exalta,
como se eclipsa y esmalta,
como cambia de color,
como tiembla en la arboleda,
como juega entre las olas,
escuchando barcarolas
del errante pescador.

¡Cuánto es dulce en esta noche
para el pecho enamorado,
la amargura del pasado
en el olvido arrojar,
al reflejo de esa luna
que finge ricos encajes,
ya se oculte entre celajes,
ó ya riele por el mar!

¡Qué bien caen sus fulgores,
en tu faz color de rosa!
¡Concepcion mas candorosa
no la soñó Milanés!
Bien haya su luz divina
que derrama dulcemente
un rayo sobre tu frente
y un rayo bajo tus pies.

¡Dulce silencio del bosque!.....
El ave calla sumisa,
y duerme leda la brisa
en el cáliz de la flor.
Por el astro de la noche
pídele á Dios mi fortuna:
¡dile que tiene la luna
la pureza de mi amor!

Oremos: llanto de amores
resbale por tus mejillas:
ofrezcamos de rodillas
nuestra mística oración.
Y aun suspiras... y suspiro,
y los dos buscamos calma:
porque tienes triste el alma
y yo enfermo el corazón.

ALFREDO TORROELA.

REPRODUCCIONES.

LA GRAN CIENCIA.

I.

¿ES CIENCIA?

Vamos á descubrir por un momento la nebulosa fisonomía de la ciencia que hoy ilumina las regiones del mundo civilizado. No hay que asustarse; será breve.

Buscar el principio de los conocimientos, la regla de los juicios y el fundamento de los deberes del hombre es el objeto de la filosofía. Así es "que no se muestra con los caracteres esenciales que la constituyen, sino cuando ha fijado los principios fundamentales de los conocimientos humanos. Hasta entonces, incompleta, incierta, no sale del rango de las simples opiniones. Luego que ha encontrado estos principios que han de servirle de piedra angular, es cuando se constituye en verdadera ciencia." De ese modo se expresa un filósofo racionalista en un momento verdaderamente razonable.

A mí me ocurre preguntar: El variado conjunto de doctrinas y de sectas de que se compone la filosofía que llamamos moderna, ¿tiene derecho para aplicarse el dictado de ciencia?... Es decir: ¿ha fijado los principios fundamentales de los conocimientos humanos? Veamos.

Esta ciencia inquisitiva, escruidadora, ¿qué ha averiguado acerca de Dios? Esta misma filosofía moderna, vieja ya en tiempo de Cicerón, le hacia exclamar al padre de la elocuencia latina: "Entre las diversas cuestiones entabladas por los filósofos sin haber podido resolverlas, una es la cuestión de la naturaleza de los dioses." Sobre este grande objeto han emitido los sabios tantas y tan contradictorias opiniones, que por este solo hecho está uno autorizado para pensar que el principio de toda filosofía es la necesidad." Y no se detiene aquí la injenua desesperación del filósofo pagano, pues reconociendo la impotencia de la razón abandonada á sí misma, añade: "En presencia de tanta oscuridad, de tantas opiniones contrarias de parte de los hombres más grandes, yo me veo obligado á atenerme á este principio: que el hombre no puede comprender nada, ni estar cierto de nada."

Pues bien; aquella misma filosofía, cuyo sistema consiste en no creer en ninguna autoridad y no ceder sino á las razones que después de haber reflexionado parezcan mejores á cada uno, es la que pasando por el método experimental de Bacon abre paso de nuevo al materialismo de Epicuro; la misma que renaciendo en la duda metódica de Descartes resucita el excepticismo de Platon; la misma, en fin, que vivificándose en el método de demostración de Leibnitz, despierta en los entendimientos el racionalismo de Zenón. Esa misma es la que desenvolviéndose después en el sensualismo de Locke, en el excepticismo de Hume, en el idealismo de Berkeley y en la razón pura de Kant, ha cubierto el mundo intelectual de pavorosas tinieblas; y al conjunto de esas eternas oscuridades es á lo que llamamos filosofía moderna.

Yo vuelvo á preguntar: ¿Esta ciencia es ciencia?

II.

DIOS.

Y bien: después del concurso sucesivo de tantas y tan poderosas inteligencias: después de tanto tiempo, de tanto estudio, de tanta sabiduría, ¿qué ha averiguado de cierto acerca de la naturaleza de los dioses?... ¿A cómo estamos hoy día de la fecha acerca del grande objeto de la primera causa?...

¡Oh inagotable juventud de la ciencia!... Estamos en el principio. La misma oscu-

ridad, la misma confusión, la misma variedad de opiniones encontradas.

Dios es todo, ó no lo es nadie, ó lo es cualquiera... ¿No os satisface ninguna de esas tres averiguaciones?...? No importa, hay otras: Dios es una hipótesis, nó?... Dios es una palabra. Si esto os parece demasiado vago, demasiado oscuro, la ciencia positiva os dará más pormenores: Dios es el *gran Sér*, y ese *gran Sér* es... la *Humanidad*. Acaso tengais esta averiguación por demasiado arbitraria; mas no hay que afligirse, porque la ciencia moderna va á pronunciar su última palabra. Basta ya de vacilaciones, de medias tintas, de vaguedades: la cúpula del edificio de la impiedad debe ser la blasfemia... la blasfemia científica... *Dios es el mal*.

Acerca de este punto, la filosofía moderna no ha salido del caos en que vivió la filosofía antigua... sus investigaciones no han sido más afortunadas. De cualquier modo, toda la variedad de sectas en que se divide desde Epicuro á Carl Vogt, vienen á unirse en un fin común: el ateísmo. La proscripción de Dios decretada por el hombre; Dios sustituido en la filosofía por la razón libre, en la ciencia por la naturaleza, en la moral por la ciencia independiente, en la historia por la fatalidad, en la sociedad por el socialismo. La primera causa es un misterio impenetrable, y hé aquí que le falta el primer fundamento de los conocimientos humanos; mas no se detiene, y deifica á la razón que tanto yerra, á la naturaleza que se ignora á sí misma, á la conciencia que tan fácilmente se turba, á la fatalidad que es ciega... al socialismo, que es la negación de la sociedad; y sin más ni menos, con una expedición admirable y con una audacia increíble, construye á su gusto un género humano, digámosle así, científico, sin origen, sin libertad, sin responsabilidad, sin moral, sin Providencia y sin justicia.

Dios!... ¿Qué necesidad hay de semejante cosa?... Se empeña el género humano en que lo ve, en que lo siente, en que posee la tradición cierta de su existencia; se empeña en confirmarlo el consentimiento universal de todos los tiempos, de todos los pueblos, de todas las generaciones... ¿Quimera vana, quimera que urge desvanecer! La ciencia libre no puede someterse á esa manía del género humano.—No basta suprimirlo en nombre de la razón, de la naturaleza, de la conciencia, de la fatalidad; es preciso, además, infamarlo.

Y en presencia de tanta oscuridad, de tanta confusión, de tantas y tan contradictorias opiniones y de tanta audacia me creo también autorizado á decir que el principio de toda esa filosofía es la necesidad. Imaginaos un hombre que, perdido en la confusión de las calles de una gran ciudad, busca á su padre, y en atención á que no lo encuentra, se declara sencillamente hijo de sí mismo. No hace otra cosa la filosofía moderna en la investigación de la primera causa.

III.

EL HOMBRE.

Y del hombre, sér dependiente, limitado, mortal, ¿qué es lo que piensa?... ¿Qué han inquirido los filósofos modernos del *bipede implume* de Platon ó de las hermosas bestias de la pira de Epicuro?... ¡El hombre!... ¡El hombre!... Ah! ¡aquí sí ha hecho averiguaciones la filosofía!... Por una parte es la *apoteosis de la humanidad*... por otra el *yo absoluto*. Algo mas jurídicamente considerado, viene á ser el *dominio de su personalidad*. Visto de arriba abajo, no ofrece otro aspecto que el de la *necesidad de su sér*. Yo, que tengo la certidumbre de que he nacido y la evidencia de que he de morir, no encuentro en mi flaqueza, en mi debilidad, en mi humillación nada que se parezca á una apoteosis. Yo, infeliz criatura, en quien todo es contingente, limitado, relativo, no veo

en mí ser ningún yo absoluto. Yo, que no me he concedido la vida ni puedo evadirme de la muerte, que vivo sujeto á las leyes de la naturaleza y á las de la sociedad, que no sé por mí solo dominarme ni poseerme... ¿qué especie de dominio es el de mi personalidad?

Pero no; nada de eso; yo soy la *necesidad de mí ser*. ¡Estupenda averiguación! ¡Yo me soy necesario á mí mismo, ó lo que es igual, mi ser necesita de mí para que yo sea yo! O bien es, que yo tenía necesidad de ser. ¿Cuándo? antes de haber sido?... Juro formalmente que no recuerdo haber experimentado en esta época semejante necesidad. ¿Después de haber nacido? Ahí es evidente: yo no puedo vivir sin mí; no puedo existir más que conmigo.

Todavía, sin embargo, no es ese el hombre. Por esas esplendorosas designaciones podréis concebir una idea aproximada, un indicio vehemente, pero que todavía no es la idea definitiva. La ciencia al fin lo ha sorprendido en un momento de abandono y ha penetrado en el hondo secreto de su existencia... Ya no tiene escape; su tenaz reserva ha sido inútil; está resuelto el problema, descifrado el enigma. La estirpe de la filosofía va á disipar las oscuridades del misterio; oíd al oráculo: Bah! el hombre es un ser indefinido.

¿No lo entendeis?... Es un ser ignorado; un extranjero que llega de un país desconocido. Qué capricho!... viaja de rigoroso incógnito, ni él mismo se conoce. No le preguntéis qué es, porque no lo sabe. ¿Y no habrá por el mundo algún filósofo que me presente a mí mismo para que tenga yo al menos el gusto de tratarme?... Sí, aquí está Vogt, Vogt y toda su numerosa familia; Vogt que da *lecciones sobre el hombre*. Todo el misterio se encuentra reducido á una simple cuestión de genealogía... Este filósofo ha penetrado en el secreto originario de la familia. Ya no hay duda acerca de ello; la luz está hecha, y vamos á vernos con toda la claridad de la ciencia. Sí, no hay que darle más vueltas. ¡Oh secretos inescrutables de la naturaleza!... El hombre es el mono perfeccionado.

Vosotras, gentes sencillas que acudís al Retiro y penetráis llenas de curiosidad en la casa de fieras, y os desternilláis de risa al reledor de la gran jaula donde saltan en continua inquietud tantos monos prisioneros, no os moféis de sus contorsiones, no os burleis de sus muecas, porque la naturaleza no os ha dispensado todavía de los deberes que impone el respeto de los hijos á los padres. Esos cuadrumanos que escarceáis con disculpable ignorancia, son nuestros ascendientes, nuestros abuelos; á ellos les debemos el ser, la vida, la inteligencia; ellos forman el tronco permanente del árbol genealógico de que nosotros somos las ramas.

Si la naturaleza en un momento de mal humor rompió el molde en que perfeccionó al mono haciéndolo hombre, sería sin duda con el fin de perpetuar la especie originaria de la familia humana, para que el mono mismo sea á los ojos de la ciencia el testimonio vivo, auténtico de nuestro origen.—Y hé ahí cómo hemos venido á ser contemporáneos de nuestra más lejana ascendencia.

J. SELGAS.

Un pedazo de papel.

Dime, frágil y despreciado fragmento de materia orgánica, que tan pronto te veo adornado y pretencioso, en aristocrático libro, como pobre y grosero en modesto anuncio; ora siendo codiciado objeto de cavilosos negociantes y avaros usureros, que acaban por taladrar

tus entrañas ó quemarte vivo, como arrojado á la vía pública, con singular desprecio, que unas veces te presentas sucio, mojado, lleno de manchas negras, mientras que otras apareces blanco, lustroso, como el marfil y perfumado, ostentando, no sin cierta vanidad, los dorados contornos de tu figura, ¿quién eres? ¿de dónde vienes? ¿á dónde vas?

—Al punto satisfaré tus deseos, dueño y Señor de lo creado.

Unidos con maravillosa prevision y sencillez, á cierta cantidad de agua condensada, un poco de carbon y pequeños restos de corteza mineral, crecimos todos los individuos de mi numerosa familia, cual otras infinitas plantas mis amigas y compañeras, bajo el secreto mandato del Hacedor Supremo, enviando su paternal solicitud á este reducido planeta, por el vicia solar que nos observa y alumbra, rayos eléctricos destacados de su volcánico seno, que en ondulantes vibraciones nos despertó rápidamente á la vida, vistiéndonos además con graciosos y flotantes mantos de esmeralda.

Soy la última expresión del lujo y capricho de la moda, creados por la perenne musa del hombre, por la hechicera mujer, y después de haber recorrido en aristocrático traje primero, en vulgar vestido después, y en remendado zagalejo más tarde, todo la escala social, siendo depositario de mas vicios que virtudes, he venido finalmente á dar con mi cuerpo en el cementerio de la vanidad humana, en la repugnante cesta del trapero.

Soy lo que el lienzo al pintor, ó el mármol al artista, pues como ellos, llevo grabada y perpetuo en mi seno la brillante huella del genio, la inspiración sublime del artista ó el reflexivo y penoso fruto de la laboriosa ciencia.

Soy el dócil conductor del pensamiento humano, fijo y condensado.

Soy mensajero fugaz, pero universal, de la opinión pública.

Soy fiel depositario de la última voluntad del moribundo.

Soy el confidente íntimo y seguro del enamorado amante.

Soy denunciador severo y vigilante de la vida pública, el terrible fiscal de la conducta privada, el depositario de la inflexible justicia.

Soy el guardador permanente de los santos Evangelios y de la divina historia del Redentor del mundo.

Soy, en fin, perpetuo, inagotable campo donde el espíritu humano irá depositando sin cesar sus ricos y abundosos frutos, para que sirvan de alimento intelectual al hombre en los futuros tiempos, á la manera que, con los despojos de su vida material, se forjan los elementos de vida para las nuevas generaciones.

Vengo de los humildes tallos de rústicas plantas, donde bajo el incesante tormento de la industria química, fui sucesivamente perdiendo mi aspecto y color primitivos, hasta convertirme en blanda masa, que oprimida y torturada después por el agua y fornidos brazos de hierro, fui al fin abandonado en el estado blanco, tenue y ligero en que ahora me contemplas.

Vengo de recorrer el mundo entero, prestándome dócil á variados usos, hasta que arrojado con desden como prenda inútil en medio de una gran capital, fui herido en la oscuridad de la noche por el agudo gancho del trapero, y nuevo despojo de la materia, me vi obligado á recorrer como mis demas hermanos los elementos protéicos del mundo, el círculo perpetuo que nos trajo desde el caos la voluntad omnívota del Altísimo.

Vengo de visitar todo la región meridional, donde mora la noble é inteligente raza latina, única que con los lijeros despojos de su vida social, sostiene nuestra perpetua existencia.

Vengo del áspero y apretado seno de corpulento vegetal, donde la insaciable industria ha ido á buscar mis elementos condensados, en tenue celulosa, para suplir al vacío que la sublime invención de Guttenberg iba creando sin cesar en el antiguo y limitado comercio de mi familia.

Vengo de las ligeras fibras vegetales que crecen espontáneamente en los áridos atachales de España y de Argelia.

Vengo de todos los flexibles tallos de todos los cereales.

Vengo, finalmente, del suave y blando seno de modestas aguas, lanzadas á las arenosas playas por las inquietas y revueltas olas.

Y pues ya sabes quién soy y de donde vengo, escucha ahora atento adonde voy.

Voy solicito á llevar á través de dilatados mares, en sencilla y cariñosa carta, regada con el llanto de una anciana madre, el único bálsamo para la terrible ausencia, que anhelante espera el moribundo soldado de la patria, que espira en apartadas rejiones, fijo su corazón, como su pensamiento, en Dios y en el paterno hogar de su querida aldea.

Voy á ser mensajero feliz de la vida del alma para la casta y enamorada doncella; y por la fatalidad de mi destino, sombrío portador, bajo enlutado aspecto, de súbita é inesperada muerte.

Voy á ornar, con mi solicitada presencia, así la lujosa como la modesta morada del hombre.

Voy á recibir en mi anchuroso seno, envidiados blasones ganados por altos y justificados merecimientos.

Voy á fraccionarme en numerosas hojas sueltas para las continuas é incesantes batallas de la prensa.

Voy á guardar en abultado libro el lento y penoso trabajo del sabio, ó las primeras inspiraciones del artista.

Voy á conservar, cual inapreciables tesoros, las sublimes creaciones del hombre, custodiadas con religioso celo en los silenciosos archivos y en las austeras bibliotecas, verdaderos panteones, templos augustos, donde reciben culto sin cesar y moran á perpetuidad, los venerandos restos de la inteligencia humana.

Voy, finalmente, en espíritu á Maguncia, para saludar al inmortal Guttenberg, quien al abrimme, con su genio creador, ancho é ilimitado horizonte en el porvenir, fijó para siempre la palabra mental del hombre.

¡Divinidad increada, yo os admiro y venero! ¡Mientras la esteril soberbia ó ingratitude humana, os niegan con frecuencia el justo acatamiento á vuestro infinito y sabio poder, la vibrante, uniforme y profética materia cósmica de todos los mundos, elevará sin cesar á vuestro trono, hasta la consumación de los siglos, sus mudas y sublimes alabanzas!

R. T. MUÑOZ DE LUNA.

Un Juez Sábio.

Un pobre aldeano, yendo un día al monte por una carga de leña para venderla y comprar con su producto pan para alimentar á sus hijos, se encontró en el camino una bolsa, y dentro de ella cien doblones de oro, cuya vista alegraba el corazón.

El aldeano los contó con placer, formó proyectos, y echó cálculos agradables, descubriendo delante de sí un porvenir de abundancia y de felicidad. Después reflexionó que aquel dinero tenía dueño, se avergonzó de su proyecto, y escondiendo la bolsa se marchó al campo á su trabajo.

Por la noche, la leña no se había podido vender, y el aldeano y su familia no tenían pan.

—Terrible es la tentación, decía el pobre hombre, pero este dinero no es mío y

no debo gastarlo. Dios, que cuida los insectos, cuidará de mí y de mis hijos.

Por la mañana se pregonó por las calles, como era costumbre en aquellos tiempos, el nombre del que había perdido la bolsa, ofreciendo de hallazgo veinte doblones al que la entregase.

—Aquí la teneis, dijo el buen aldeano presentándosela al dueño, que era un comerciante de Florencia.

Pero este, por librarse de pagar la oferta, examinó la bolsa, contó el dinero, y dijo fingiendo enojo.

—Mi bolsa, buen hombre, es esta, pero el dinero no está completo, porque yo tenía en ella ciento treinta doblones y solo me traeis ciento, y como es claro que me habeis robado lo demás, voy á pedir que os castiguen por ladrón.

—Dios es justo, dijo el paisano, y sabo que digo verdad.

Los dos contendientes fueron conducidos á la presencia del gran duque Alejandro de Médici, que hacia por sí mismo justicia á su pueblo.

—Hazine, dijo al aldeano, una relación sencilla y verdadera de este suceso.

—Yo, señor, he encontrado la bolsa yendo al monte; he contado el dinero y solo contenia cien doblones.

—¿Y no has pensado en que con ese dinero podrias ser feliz?

—Tenia en mi casa una mujer y seis hijos esperando la leña que habia de llevar para comprar pan. Perdóname, señor, si en esta situación he pensado en servirme del oro, porque efectivamente ha habido un momento en que lo he mirado con codicia. Después he reflexionado que tenia dueño, talvez con más obligaciones que yo, la he escondido, y en vez de volverme á casa, me he ido á trabajar.

—¿Has dado cuenta á tu mujer del hallazgo?

—He temido su codicia y me he callado.

—¿Y nada, absolutamente nada has tomado de la bolsa?

—Señor, mi familia, mis pobres hijos se han quedado sin cenar, porque la leña no se pudo vender.

—¿Qué dices tú? preguntó el gran duque al mercader.

—Señor, que todo lo que dice este hombre es falso, porque mi bolsa tenia ciento treinta doblones, y solo él se ha podido quedar con los que faltan.

—Por ninguna parte hay pruebas, dijo el gran duque, pero sin embargo, creo que este pleito es fácil de sentenciar.

—Tú, pobre aldeano, refieres el hecho con tal naturalidad, que no es posible dudar de lo que dices, mucho más cuando has podido quedarte con todo, lo mismo que con una pequeña parte. Tú, comerciante, gozas de buena posición y de mucho crédito para que podamos presumir de tí un engaño. Diciendo los dos verdad, es claro que el bolsillo que se ha hallado este hombre con cien doblones, es otro distinto del tuyo, que tiene ciento treinta.

—Recoje, pues, el bolsillo, buen hombre, dijo al leñador, y llévolo á tu casa hasta que parezca su dueño, y si por casualidad te vuelves á encontrar otro con ciento treinta, llévolo á este honrado comerciante, que entónces, como será el suyo, te cumplirá su palabra dándote los veinte doblones que ofreció. Entre tanto, como premio de la honradez con que te has portado presentando el bolsillo, siendo tan pobre, señalo para tí y tu familia treinta doblones al año sobre mis rentas.

Incendio de la catedral de Metz.

—El día 7 á las cuatro de la mañana la catedral ha sido presa de las llamas, sin duda á consecuencia de la iluminación. A las cinco todo el maderamen ardía. El emperador, el príncipe y el conde de Moltke, estaban en la plaza. Según otro parte posterior, el techo de la catedral ha sido completamente destruido por el incendio. El interior de la iglesia está perjudicado. El último despacho dice que se había logrado reprimir la violencia del incendio que había estallado en la catedral. El peligro ha pasado y todo estaba reducido á columnas de humo que se elevan de los pilares griegos. El reloj no ha sido atacado por el fuego; el techo está destruido; el interior ha sido perjudicado en varios puntos por las vigas inflamadas que han caído del techo.

Imprenta Nacional.—Calle de la Merced.